

VALENCIA Y EL CID

Resulta verdaderamente difícil y aventurado juzgar hechos y personas de épocas pretéritas, pues nuestra condición humana nos hace ver, por más que nos esforcemos en ser objetivos, con mente de hoy lo que otros hicieron con espíritu de ayer. Y tanto más cuanto más alejados estén aquellos tiempos y dispongamos de menos datos. Queremos, pues, sólo hacer aquí un comentario cordial a la presencia del Cid en nuestras tierras.

Valencia era por entonces el centro de las ambiciones de los príncipes cristianos y musulmanes de la Península. Muchos años antes Fernando I de Castilla y el mismo Alfonso VI habían llegado a sus tierras fértiles y obtenido el pago de parias por los moros valencianos. El mismo Alfonso había colocado de rey en Valencia al débil Alcádir y el prestigio del castellano le sostenía. Pero la victoria almorávide de Sagrajas acarreó el abandono de Alcádir y despertó la ambición de otros que tenían sus miras puestas en el Levante.

Alhayib, rey de Lérida, Tortosa y Denia, pretendía unir y ampliar sus extensos estados incorporándose a Valencia. Mostaín, rey de Zaragoza, quiere apoderarse de estas tierras, que le darían grandes riquezas para ayudarse frente a Castilla, Aragón y Lérida y le protegerían del creciente poder del almorávide Yusuf, a quien temía más que a los mismos cristianos. Berenguer, conde de Barcelona, desea extenderse al sur del Ebro. Los almorávides que han despojado a los taifas andaluces de sus reinos, pretenden acabar la unificación de la España musulmana extendiéndose hacia el Levante y Nordeste.

Y en este momento aparece el Cid, desterrado de Castilla, quien con su aureola de invencible y hábil política, consigue en tres etapas convertir a Valencia en su señorío, venciendo o desengañando a los demás.

El objetivo primordial es mantener en el trono a Alcádir, protegido de su propio rey, para lo que no puede contar con la ayuda del castellano por muchas razones. Mostaín será su gran aliado y el dine-

ro de los moros valencianos mantendrá sus tropas, cada día más numerosas. Así pudo derrotar al rey de Lérida y al conde de Barcelona, sus más directos rivales.

Muerto Alcádir en la sublevación acaudillada por Ben Yehaf, el Cid contemporiza con éste mientras apea a Mostain de sus esperanzas y busca la ayuda de los reyes de Aragón para contener a los almorávides.

Finalmente, vencido el usurpador y vengado el asesinato de Alcádir, el Cid tiene que hacer frente a los poderosos ejércitos de musulmanes africanos para defender la ciudad y el territorio que acaban de venir a sus manos. Sus victorias son tanto más asombrosas cuanto que las grandes fuerzas de Alfonso VI son consecutivamente vencidas. Pero todo lo sostenía su genio político y militar, y al fallar éste, a su muerte, Valencia fué abandonada a los africanos.

Ciertamente no es explicable tal cúmulo de éxitos más que teniendo en cuenta otro cúmulo de circunstancias, sólo concebibles en la España de entonces: cristianos y musulmanes llevan una coexistencia pacífica cuando irrumpen por Gibraltar los almorávides y ante este hecho los musulmanes adoptan dos posiciones claramente diferenciadas en nuestra ciudad: musulmanes españoles, que no quieren someterse a los africanos y para lo que precisan la ayuda cristiana, y musulmanes a secas, quienes, como decía Motamid de Sevilla, preferían ser camelleros en Africa a reinar sobre un pueblo de infieles.

Afortunadamente en Valencia éstos eran los menos y los primeros los más, y el Cid sabe aprovechar las divergencias entre ambos y apoyar en ellas su política, que, si en un principio fué mantener al moro Alcádir por respeto a su propio rey, tuvo después como único objetivo apoderarse de la ciudad y gobernarla en beneficio propio y de su familia, bien que ofreciéndola siempre al monarca castellano, como buen vasallo, a pesar de la incostancia y envidia de que éste dió muchas pruebas.

La necesidad de defender a Valencia y el genio militar del Cid convirtieron a Valencia en estado-tapón de las invasiones almorávides hacia el Levante y Nordeste de la Península, pues sus grandes victorias de Cuarte y Bayrén escarmentaron a éstos de tal modo que no volvieron a intentar nada serio hasta después de su muerte, pues la enorme superioridad numérica de las tropas de Yusuf nada pudo contra la bravura y decisión de los castellanos, en el primer caso, o de los castellanos y aragoneses de Pedro I, en el segundo.

Para ello Rodrigo estableció dos líneas de fortificaciones: la primera, al sur, servía para contener a los africanos precedentes úe Mur-

cia, y estaba formada por los poderosos castillos de Játiva, Peña Castell y Bayrén. El segundo de éstos era tal vez el más importante y había sido reedificado completamente por el de Vivar, quien le dió como apoyos las pequeñas fortalezas de Beniatjar y Carrícola. La segunda línea de castillos aseguraba la tranquilidad de la retaguardia y servían de defensa ante los posibles ataques de los Beni Razim de la zona turolense y los leridanos y catalanes; sus cuatro principales castillos eran los de Liria, Yubala (El Puig), Murviedro y Morella.

Pero todo esto era imposible de obtener y mantener si no se contaba con la fidelidad de los mismos moros valencianos, ya que incluso algunos de estos poderosos castillos estaban ocupados y guarnecidos por ellos. La labor de atracción del Cid fué magnífica y se basó siempre en dos virtudes fundamentales: fidelidad y justicia.

El «buen vassallo si ouiera buen señor», que mostró constantemente su fidelidad a su injusto rey, cumplió siempre los tratos hechos con los moros valencianos, conservando a los alcaides sus castillos, a los campesinos sus tierras y a los ciudadanos sus casas y bienes. Únicamente les exigió el tributo acordado, cuya tasa disminuyó al tiempo de la rendición de Ben Yehaf y la ciudad de Valencia. Mas si él cumplía los tratos hechos exigía también el riguroso cumplimiento por las otras partes, y el castigo no tardaba en dejarse sentir sobre los que se negaban a pagar el tributo. Sólo cuando el peligro almorávide es muy grande y algunos se obstinan en su rebelión Rodrigo aplica la expulsión y confiscación de bienes, que en adelante se convertirá en norma de toda conquista.

Concedor del derecho germánico, del hispanogodo y seguramente del musulman, por sus anteriores estancias en Zaragoza y Valencia, actúa de juez de los valencianos cuando la ciudad cae en sus manos, y ejerce este cargo con tal equidad que los moros acuden a él con la completa seguridad de obtener la justicia que les asiste.

La traición de Ben Yehaf y el asesinato de Alcádir no podían quedar impunes cuando se hallaba entre enemigos, y de aquí la consiguiente condena y ejecución de éste, en la que intervienen moros notables de Valencia, cuando le prueba su parte en la muerte del otro y el robo de sus tesoros.

He aquí por qué la mayor parte de los levantinos, mucho más valencianos y españoles que musulmanes, prefirieron su dominio al de los africanos de Yusuf y no aprovecharon la ocasión que les ofrecían los repetidos ataques de éste para sublevarse contra su dominador.

Pero el Cid se convierte también en levantino. Hasta la muerte de Alcádir sólo pretende mantener a éste en el trono y a sus tropas en Valencia, lo que suponía la presencia de Castilla, la fidelidad al rey y el posible perdón de éste. Cuando el reyezuelo moro es asesinado Rodrigo sólo piensa en apoderarse de la ciudad si bien espera la ocasión propicia, ocasión que le brinda Ben Yehaf al admitir en ella a un grupo de almorávides.

Ya en sus manos Valencia, la fidelidad al rey sigue representada por los numerosos ofrecimientos y obsequios que le envía, pero no se deja arrebatar lo suyo. Castilla es Castilla y Valencia es Valencia, aun cuando esté dominada por un castellano, y al ataque de Alfonso VI a Levante responde atacando indirectamente al rey en los estados de García Ordóñez. Los versos del poema en que se narra el asombro de doña Jimena y sus hijas cuando desde una torre contemplan por vez primera la ciudad, la huerta y el mar, parecen reflejar la toma de posesión que el Cid les da de lo que conquistó para su prez y honor. Y podríamos decir que si la muerte de Diego Ruiz de Vivar, el hijo del héroe de la epopeya castellana, aceleró la muerte de éste, fué tal vez al pensar que lo que tanto esfuerzo le había costado quedaba sin heredero.

Hoy, además de la toponimia —Villafranca del Cid, Lucena del Cid, Valencia del Cid— que muestra aún el paso y presencia del héroe en estas tierras, nos cabe la gloria de haber influido tanto en su vida que aquí se desarrollaron sus principales hazañas, aquí se le temió y respetó tanto que conquistó el nombre de Cid y, si él se apoderó de nuestra ciudad y en ella gobernó y murió, ésta infuyó tanto en su vida que llegó a cambiar su nombre de «Mio Cid el de Vivar» por el de «Mio Cid el de Valencia».

JOSE CAMARENA GUAL

Director del Instituto de Estudios de Historia medieval de la Institución «Alfonso el Magnánimo» de la Diputación Provincial de Valencia.



EL CID



LA MUERTE DEL CID